

Henry A. Petrie

**Viajes que paren relatos
(I)**

Colección: Narraciones

Viajes que paren relatos (I)

Henry A. Petrie

Contenido:

Pasajeras francas del viaje

Palomitas blancas

Niño mirón

Ejercicio de grabadora

Del pío pío y occidentales

Pasajeras francas del viaje

En la parada abordan el bus colectivo, suben silenciosas y frescas por el baño en la madrugada. Son las seis y cuarto de la mañana, pero seguro han tenido que despertar mucho antes para asearse y dejar listos a sus hijos, quizá al cuidado de la abuela o de la persona que las ayude. Algunas tomaron asiento, otras van de pie asidas al tubo superior del bus; otras platican, sus frases, además de cortas, son esporádicas. Sus rasgos masaya son inconfundibles, pero sobre todo reflejan la humildad de sus vidas. En sus miradas, el brillo de la esperanza.

A cinco kilómetros de donde tomaron el bus, el centro de trabajo, hacia donde se dirigen. Todas de regular estatura, morenas, cuerpos juveniles forjados en el diario trajinar, y sin embargo, sensuales. No se confunda lo erótico burgués con lo sensual proletario. Sus gracias encierran misterios ancestrales, silencios profundos. Quizá así disfrutaban mejor las mañanas, en silencio, con estrictas palabras necesarias. Prefieren escuchar la música que lleva el bus, son canciones de amor, o mejor dicho, sufrimientos derivados del amor. A ratos, desgarradores. Tan temprano el lamento de los amores, que como dijo CMR, mejor matarlos. Pero van en silencio, y fresquecitas.

A mi lado va una de ellas sentada, mirando al exterior a través de la ventana. En fragmentos de segundo la observo. Voy leyendo pero siento su respirar, sé que de pronto también me observa. Sigo leyendo. No me atrevo a levantar la mirada y volverla hacia ella. Prefiero sentirla, a través de su vibración siento al resto de sus compañeras, ¿género? No sé si tienen conciencia de eso. Apenas cruzan palabras, todas fresquecitas y olorosas a natura.

¿Cuántas serán madres solteras? ¿Cuántas habrán parido adolescentes? ¿Cuántas tienen el amor deseado, feliz? ¿Cuántas ya no piensan en el amor? Son muchas las preguntas que se confunden con la historia que leo. Cierro el libro. Hay otro que me llama entre pasajeros. Miro a los ojos de una y me sonrío. Qué bello, una sonrisa sincera, para nada fingida. Ella y yo en la misma unidad de transporte, compartiendo el viaje. Y miro a cuantas puedo, la mayoría sumergidas en sus pensamientos o recuerdos, quién sabe... Estoy casi cercano a mi parada. ¿Bajará o continuará el viaje?, pregunto. Muchas bajaremos en el 31, me dice. Sí, el 31, donde bajan para luego caminar hacia la zona franca.

Las que van sentadas se levantan y se unen a las de pies. Se acomodan y esperan a que el bus se detenga. Bajan con cierta prisa. La joven que va a mi lado y yo aguardamos. He decidido bajar una parada antes, junto con todas las obreras acompañantes del viaje. Bajamos. Asientan sus plantas en el suelo y giran para cruzar la carretera en dirección norte. Las observo encaminarse, se introducen en un caminito que lleva a la fábrica. Sigo ahí, observándolas, viendo a cada una y al montón que van aprisa, todas calladas, concentradas en su caminata. Efímeros saludos, rutinarios.

Vehículos pasan. Bocinas altisonantes. Sigo ahí, ahora observando a una agrupación mayor, otras tantas se han sumado, han caminado desde sus hogares o han llegado en unidades de transportes distintas. Trato de seguir con la vista a la joven mujer que iba sentada a mi lado, de pronto aparece como chispazo y se pierde. Diviso el bus donde venía y está más allá de mi destino. Camino lento para que las imágenes permanezcan, desde la parada del puente en Nindirí, que en mi caso es cada semana rumbo a Masaya. Cada vez es el mismo día al que retorno, aunque mi

compromiso sea más tarde, pero ¿cómo negarme esos encuentros con las pasajeras francas de mi viaje? Un mismo día, quizá, solo que para mí, en realidad, empieza a las seis y cuarto de la mañana.

Julio 2014.



Palomitas blancas

Las vi, parecían palomitas, bien arregladitas y con la frescura de la mañana. Eran cuatro, vestidas de blanco impecable y con rostros serenos. El bus iba desahogado, con baladas que sonaban a volumen moderado, como para acortar distancia. El trayecto era ameno.

Dos de ellas, a pesar de algunos asientos vacíos, prefirieron conversar de pie, se miraban atentas, reían, a ratos sus miradas se disparaban hacia afuera de la ventana. Aún estaban distantes de su parada. Yo las miraba, como dos palomitas que prefirieron viajar de pie, las otras lo hicieron cómodas en sus asientos, calladas. Todas, en realidad, reflejaban el brillo que produce el merecido descanso; no hay visos de sufrimiento, más bien llevaban consigo la frescura del aire que nos acariciaba.

El bus siguió en su marcha, las canciones se sucedieron en una suerte de constelaciones tonales del amor, como si se hubiesen seleccionado para dejar atrás pesares y angustias. ¡Qué bondad del conductor! La mañana es prometedora, el viaje lleva atmósfera de paseo, aunque la rutina siempre conduzca a obligaciones.

Las blancas palomitas empezaron a moverse, a prepararse. Cierta distancia se consumió y el destino estaba pronto. Llegó el turno de Manzanero, recordando que alguna vez fuimos novios. Miré sus jóvenes figuras, cuyas bellezas se conjugaban con el blanco de sus uniformes. El bus se detuvo lentamente, fueron las únicas en bajar, siempre contentas, justo cuando entró Julio Iglesias, arrebatándome en recuerdos adolescentes, con el pañuelo tirado al río, mientras continué el viaje, sin las blancas palomitas.

Mayo, 2015.

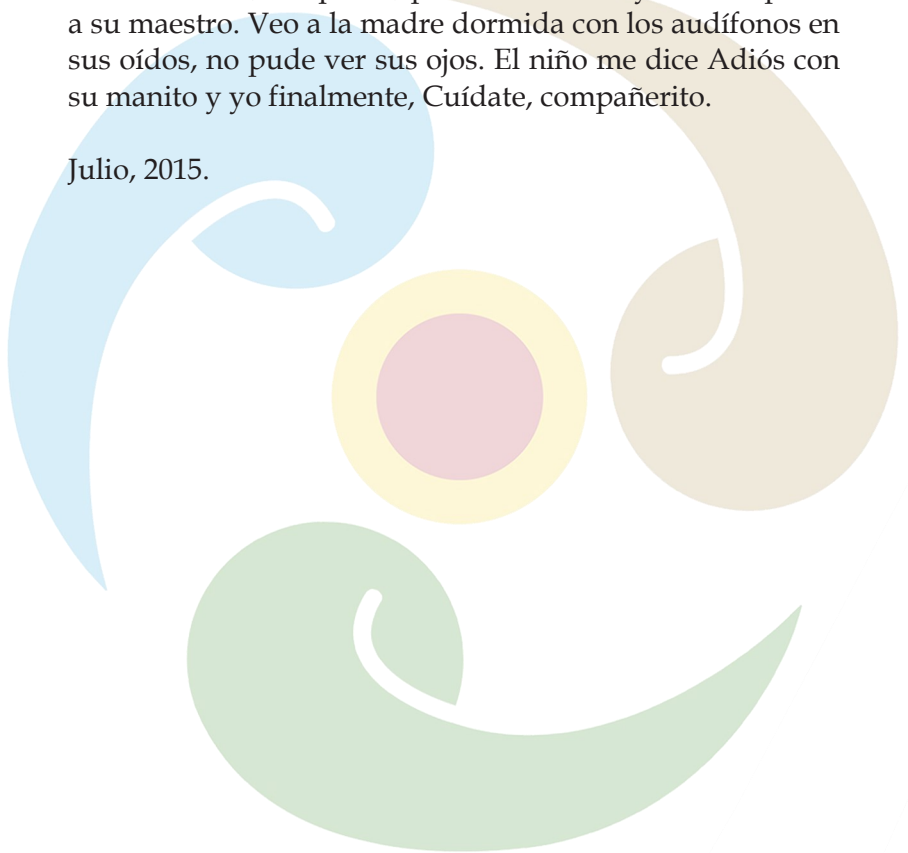
Niño mirón

Como siempre, hundido en no sé qué número de lecturas de Mobi Dick, cuando al fin Ismael conoce al enigmático capitán Jack, siento que alguien me observa de manera tal que me desconcentra. Alzo la mirada y lo veo, con sus ojos redondos, me sonrío y le correspondo, le digo un Hola calladito, como para que solo él me escuche. Va parado en su asiento vuelto hacia atrás, es decir, hacia mí; su madre lleva los audífonos del celular en sus oídos, seguro va escuchando bachata de Romeo, no se da cuenta de la comunicación visual que su pequeño hijo ha establecido conmigo. ¿Dos? ¿Tres años? Quizá dos. Es vivaracho, su sonrisa amplia y no le importan los pasajeros ni el trayecto del bus, su objeto de observación soy yo. Me mira, lo veo. Me sonrío, le sonrío. No despega sus ojos de mí, comienzo a preguntarme si tengo algo en el rostro, extraigo mi pañuelo rojo y hago como si me secara sudor que no tengo, voy fresquecito rumbo a la ciudad de Nindirí, específicamente al parque Arboreto, donde me siento frente al monumento construido con piedras del volcán, inserto en una fuente. Ahí me siento, en una de sus bancas a partir de las seis y quince de la mañana, todos los sábados que me quedan de jornada de Leo, Comento, Imagino y Creo.

Pero ahí va, viéndome detenido sin que su madre repare en él, ni siquiera ha visto su rostro, va concentrada en su escucha musical. Me pregunto si el niño habrá heredado de la madre sus bellos ojos, de momento no puedo comprobarlo. Me sonrío, sin quitarme un segundo la mirada. Me veo en sus pupilas y yo le entrego las mías. Siento que la comunicación nos hace cómplices, al extremo de sentirme parte de él, algo ha visto en mí. me extiende su manito derecha, la tomo y sonreímos, vuelvo a decir Hola,

¿estás bien? Sonríe y me enseña un juguetito que porta, su madre va lejana de él y de mí, su alma está atrapada por las canciones que escucha. Ni modo, debo prepararme. El ayudante ha anunciado la palabra PALÍ en Nindirí, guardo mi libro con ligereza y me despido del niño, quien ha puesto una expresión de tristeza en su rostro, debo dejarlo, me conmueve, no quiero, pero otros niños y niñas esperan a su maestro. Veo a la madre dormida con los audífonos en sus oídos, no pude ver sus ojos. El niño me dice Adiós con su manito y yo finalmente, Cuídate, compañerito.

Julio, 2015.



Ejercicio de grabadora

Esta vez no voy leyendo. Observo a la gente que anda en las márgenes de la carretera. Grabo. Nadie va a mi lado. Sin embargo, los pasajeros alrededor me ven y sonrían, pensarán que estoy loco. Escuchan, ríen y vuelven sus miradas al frente; los de atrás no sé qué hacen...

Tres ciclistas enfilados en movimiento uniforme, llevan vestimentas diferentes, coloridas, ninguno de los que siguen al cabecilla aventaja. Los pasamos... El bus insiste en paradas, mucha gente rumbo a sus trabajos... Cuatro hermosas jóvenes corren en la margen derecha, todas con licra y camiseta celeste encendido, sus cabellos recogidos o muy bien atados como colas de caballos, pendulares, por la sensualidad que transmiten imagino sus temperaturas corporales, sus agitaciones cardiacas, ¿cómo será el sabor de sus sudores? El pasajero que va en el asiento delantero, se voltea hacia a mí. ¡Hola! Me sonrío como aprobando mi pregunta, también él deseara saberlo. ¡Hombres, al fin!, diría la Bellorini.

Qué bello, en la margen izquierda todo ha reverdecido, el bosquecito se ve más tupido que nunca, me veo ahí, viviendo entre tantos árboles y bajo la frescura de sus sombras, amanecer entre árboles debe ser fascinante, es decir, amanecer en ese bosquecito y sin guerra, sin persecución de combate, bosques en el famoso Desarrollo, entregado a la vida y al amor. ¡Claro!, con una ninfa olorosa a yerba, a las flores que veo en el camino...

Voy en el lado izquierdo del bus, como siempre, al lado de la ventana, concentrado en lo que va pasando afuera, como película... Alguien se ha sentado a mi derecha. Su aroma es exquisito y me arrebató. Justo en este momento me ve y

digo, le digo, Usted es una señora elegante de aproximados cuarenta años. «Cuarenta y dos». Me sonrío. Pensará que estoy loco, grabando mientras viajo en este bus sin música, ¡extraño!, quizá los parlantes están dañados. ¿Cuál es su nombre, señora? «Juliette». ¡Qué bello nombre! Me recuerda a Julissa de mis once años, pero esa es otra historia, talvez novela, quizá. Bello es su nombre como mi enconado recuerdo. Juliette... repito su nombre, mirándola fijo a sus ojos, como cuando Ladislao Cano mira a las musas en sus clásicas declamaciones de Amada Inmortal. «¿Usted cree?» No, no creo, Juliette, estoy viajando-grabando admirando su belleza. «Gracias, me halaga».

Cuando viajo en bus siempre leo. Pero hoy me levanté loco, deseando hacer otra cosa en el trayecto Managua-Granada, hacia el Museo de Carlos. Decidí grabar. Dirijo vistazos rápidos hacia las márgenes externas, derecha e izquierda, hacia atrás y adelante del interior del bus. ¿Qué pensarán tantas almas calladas? De pronto nos atrapa la locura, ¿verdad que sí, Juliette? «A mí me gusta». ¿Yo? (...) Me mira, prosigo grabando. No vaya ser me acuse por acoso o algo parecido, esa ley tiene rosas y espinas, es jodido meter manos sin conocer la mata. Ríe. Pero no ha respondido. No importa, es mejor el suspenso. Muchas respuestas están en el silencio, para qué alborotar el avispero. Doña Juliette asienta, aprueba lo que digo.

De momento, el bus se ha llenado de gente. Muchas trabajadoras de zona franca cruzan palabras. Se sonrían. Ven al loco que va grabando, seguro piensan que estoy de remate. ¡Ni que fuera reportero radial! «¿Es periodista?» Quien pregunta es una mujer morena y alta. No, yo no. Pero tengo amigos que sí. «¿A qué se dedica pues?» Ahora arremete una más jovencita con ojillos pícaros. A escribir locuras, pero ahora grabo por antojo mañanero. Sonrío.

Doña Juliette busca algo en su bolso rojo de cuero, ¿acaso desea desatenderme? Seguro piensa que de verdad estoy loco. «Ajá» Se sonrío y lo hace bello, como ella. Se pone seria, creo que la paseé... no me sonrío más. No sea mala, ¿sí? «¿Por qué mala?» Si no lo es, deme otra sonrisa, pues. «Usted está loco, ¿verdad?» Se lo dije, no le he mentado. «¿Qué? ¿Qué me dijo?» Que sí. «Que sí, ¿qué?» Que lo estoy. «Usted está jugando». ¿A usted no le gusta? «¿Jugar?» Aja... «Ya no soy niña, pero parece que usted no creció». Ya deseara, doña Juliette, no haber crecido, quedarme por ahí de travieso. ¡Ah, aquel tiempo ingenuo! Pero escuche bien: usted es una señora bella y hermosa. Por favor, no diga nada y haga que jamás me escuchó, porque la gente es mal pensada y creará que llevo otras intenciones. (...) Ha quedado usted en silencio. Me está viendo distinto, ¿quiere ser mi amiga? (...) Ay, no responde. Pero me ve. Sigue viéndome. ¿Le resulto simpático? «Usted sí que está loco». Es cierto, escribo. Hasta inventé una luciferina que me visitó en sueño. Y mire que es cierto, voy grabando escribiendo o escribiendo grabando, en este bus sin música, ¡qué tragedia! No hay música de fondo. Pero usted va a mi lado entre estos pasajeros. Todo consta en esta grabación, hasta su tono suave de voz. Regáleme una sonrisa, a ver... ¡Eso! ¡Se fija, la sonrisa la hace más bella! «Usted está loco. Pero es simpático». ¡Qué lindo, señora Juliette!, con solo esto que dijo, está más que premiada mi crónica de este viaje. ¿Sabía que me espera una treintena de párvulos en Granada? «¿Párvulos?» Perdone, quiero decir niños. «Entonces es maestro». No. Soy loco, ya lo ha comprobado usted. «¡Bah, sigue con jueguitos!» No, créame que no. «De todas formas me hizo divertido el viaje. Me bajo en la próxima parada. A lo mejor nos volvamos a encontrar algún día». ¿Dónde? «Pues en este bus». No creo. A veces uno repite, pero la mayoría de las veces no. «¿Será que no vuelva a encontrarme con el loco de usted?» Se levanta y avanza

hacia la puerta delantera, es decir, de entrada, que también es de salida. En Nicaragua es igual entrar que salir, o viceversa. No estoy seguro si esta realidad popular solo sea en los buses.

Aún faltan veinte minutos para llegar a mi destino. Son las seis y veinte de la mañana. No siempre me encuentro una Juliette... (Grabadora apagada).

Julio, 2015.



Del pío pío y occidentales

Jinotega en brumas. Las montañas cubiertas de neblina. Llovizna. Llegar al mercado es sumergirse en el bullicio. Venta de vegetales, comidas, almanaques, caramelos, jugos, ropa, en fin, pregones distintos mezclados con los avisos de salidas de buses hacia los pueblos de adentro: Pantasma, San Rafael del Norte, Yalí, Wiwilí, El Cuá-Bocay y demás.

Diez y cuarenta de la mañana. Arrima el bus y se acomoda en el parqueadero. Gente corre para lograr asientos y yo la sigo. El viaje de Jinotega a Wiwilí es largo. Ir de pie a mis 54 años ciudadanos hacen mella. ¡Uf! Empujones. Miradas piadosas piden lugar. Me voy quedando. Cedo. ¡Oye!, ya es demasiado. Mis posibilidades de asiento disminuyen. No quiero ir de pie, qué terrible. Forcejeo. Siento la presión de quienes van atrás de mí. Al fin, entro. Casi todos los asientos están ocupados. ¡Mierda!, ya me jodieron. Son cinco horas de camino. Avanzo en el pasillo estrecho y convulso. Voy hacia el fondo. ¡Eureka! Un asiento ventana. ¿Va ocupado?, pregunto al joven moreno que va sentado al lado del pasillo. No, responde. Qué dicha, iré sentado. Y me acomodé sin demora. Minutos más tarde, una joven señora achocolatada se acerca al joven y le da las gracias, solo guardaba el asiento como lo hacen varios.

El pitazo de arranque. El bus emprende su marcha. Abro *Confabulario definitivo*, de Arreola y me pongo a leer, como de costumbre. Como ya he recorrido el trayecto, solo interrumpo mi lectura para recordar o admirar los avances del Desarrollo. El lago de Apanás está maravilloso, un par de botes pescadores lo adornan. Mi visión navega sus aguas. Vuelvo a Arreola a pesar del bullicio de un grupo de jóvenes occidentales, se dirigen a Bocay.

Bromean, se inventan historias y tras cada novedad en el camino, construyen sus metáforas espontáneas.

Los pollitos son incansables, han ido piando durante todo el trayecto. Dentro del bus el ambiente es bullicioso, y sin embargo, me extraigo. A medida que avanzamos en el trayecto, avanzo en páginas leídas. Solo me detengo cuando mentalmente realizo breves análisis de técnicas y estrategias narrativas.

Los fragmentos del paisaje rural se suceden con rapidez. Los occidentales no se casan de su algarabía, que para mí son juegos de palabras, tonos y giros del lenguaje que distingo con claridad. De pronto suspendo mi lectura viajera para escucharlos bien y disfrutar la manera de cómo construyen sus historias orales, la picardía y jocosidad que incorporan. «No jodan locos, somos caballos. Siendo de occidente nos venimos a meter a estas montañas. Dicen que en Bocay aparecen espíritus raros que no dejan beber guaro». «¡Si hombre, qué cagada! Yo he escuchado historias raras de por ahí; dicen que si uno se enamora no hay forma de regresar». «Bueno, eso depende, porque si voy a estar mejor con la mujercita del Bocay, para qué voy a regresar a las penurias de León». «Claro, bien dijiste, León. Pero Chinandega no es León, loco, no mirá que está más tuani. Yo me la llevaría para allá, no fregués.» «No se anden con cuentos, esos espíritus encantan, loco, y ahí no más uno se queda maravillado y ensontinado».

El viaje continúa. El largo trecho de carretera asfaltada ha concluido y hemos entrado al malo, donde el bus imita a la hamaca. A ratos me atrevo abrir el libro, pero el meneo es tan insistente que las líneas danzan y mis ojos se resienten. Comienzan a dolerme, no vaya ser se me pongan de chivo loco. No importa, me dedico a observar los segmentos de bella naturaleza o bien, a escuchar con atención a los

incansables occidentales. Como los pollitos en su concierto pion. El verde está bien puesto por estos lados. Sacos de frijoles y de café apostado a la orilla de la carretera.

¿Cuánto falta para llegar a Wiwilí?, pregunté a la joven achocolatada que iba a mi lado. Ya poco, como cuarenta minutos nada más, respondió. Y en seguida: ¿De dónde es usted? De Managua. ¿Trabaja en Wiwilí? Voy a visitar a unos amigos. E iniciamos una conversación que duró hasta cuando ella se despidió, como a veinte minutos del destino, donde me esperaban los Signos del Río, que son de Acción Creadora Intercultural.

Y los pollitos siguen... Me doy cuenta que sus píos quedaron grabados en mi cabeza. Su dueña bajó hace unos minutos, lo recuerdo ahora. Estamos próximos. Guardo el libro en mi mochila. Estamos llegando. Los occidentales en lo suyo, «Ya llegamos, brodercitos. Ya llegamos a Wiwi...» «No jodan, loquitos, yo no veo a Li» «Ve hombre, aquí no hay borrachos tirados como en León o en Managua» «Miren, pongámonos de acuerdo: nos recogen, guardamos mochilas, cenamos y buscamos un barcito por ahí...» Me sonrío. Me alisto. Hemos llegado.

¡Hombre, jodido! No está Marvin en la terminal. Me ha llamado al celular, que espere a Richard que vendrá en una moto. Mientras tanto, estiro mis piernas, siento un leve dolor en mis rodillas. Son un poco más allá de las cuatro de la tarde. Compró cigarros para pasar el tiempo, de vez en cuando me entra la fumona. Lo que deseo en realidad es bañarme, comer y beber un trío de cervezas. O mejor dicho, cenar con cervecitas en el Malecón, donde la madre de Marvin, apreciando la hermosura del Wangki.

Diciembre, 2015.